



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 19.

JUEVES 7 DE JULIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

BOSQUEJOS HISTÓRICO-FILOSÓFICOS por J. Marin Ordoñez.—EL ESCLAVO DE ORO. (Conclusion), por Francisco de P. Entrala.—HISTORIA NATURAL: El perro, por Buffon.—LA DEUDA OLVIDADA: Anécdota contemporánea. (Conclusion), por Juan Eugenio Hartzenbusch.—DE MI CARTERA: Apuntes, por Cecilio Navarro.—LETRILLA, por Iglesias.—LOS CARRUAJES, por José Alcalá Galiano.—LA HAYA.—LOS CAMPOS ELISEOS de Madrid, por Roberto.—EPIGRAMA, por Joaquín Valverde y Durán.

BOSQUEJOS HISTÓRICO-FILOSÓFICOS.

I.

IDEA FILOSÓFICA DE LA HISTORIA.—DIOS Y EL HOMBRE.—DESARROLLO DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA.—HERODOTO.—TITO LIVIO.—TÁCITO.—SÁN AGUSTIN.—MAQUIAVELO.—BOSQUET.—VICO.—VOLTAIRE.—ROUSSEAU.—KANT.—HEGEL.—CHATEAUBRIAND.

Exposicion razonada de todos los sucesos que interesan á la humanidad y que enseñan los designios de la Providencia sobre ella: tal es, en nuestro concepto, la idea filosófica de la historia. No es esta la narracion árida y fria de los acontecimientos, estériles cuando se les considera aislados, sin relaciones entre sí, ni con las causas que les produjeron: no es la revelacion concreta de los hechos de un hombre ó de un pueblo, siempre pequeños cuando se les estudia sin meditar su influencia en la inmensidad del espacio y en la larga duracion de los tiempos: ni la manifestacion de las evoluciones del ser racional en su síntesis mas absoluta, separada de la grandiosa sublimidad de su destino: es mas elevada la mision y mas fecundo el germen de lo que ha merecido el alto titulo de *maestro de la vida*. La inspiracion filosófica que espíritu de vida le anima y da movimiento, le hace mirar la serie de los acontecimientos como la sucesion de los dias de la humanidad, cadena misteriosa de este

ser cuyos eslabones son los hombres, cuya existencia sigue su marcha, cual corriente de caudaloso rio á la que un nuevo manantial no llega á rebosar su cauce, ni una nueva separacion consigue detener completamente su curso magestuoso; el pensamiento cristiano que enaltece sus aspiraciones le instruye en la elevacion de los destinos del hombre, le enseña los secretos del Eterno y los altos fines de la Providencia en la inescrutable armonía de su prescencia con el libre albedrío del ser racional.

El historiador filósofo que desde tan eminente altura contempla á la humanidad, desechando toda mira egoista y mezquina, baja, ora se represente por un individuo, ora por un pueblo; penetra toda la grandeza de ésta, ve el contraste armónico de su unidad y sus diferentes elementos, y al reparar con penetrante mirada el séquito de los hombres y los pueblos que vivieron y las huellas de las generaciones que pasaron, contémpleslos guiados por un destino supremo, á cuya realizacion ofrece cada uno en aras del progreso la ofrenda mas ó menos preciosa de su actividad. Abrazando con una sola ojeada el estenso cuadro que la humanidad despliega en la duracion de sus dias, desaparece la pequeñez del hombre para confundirse en el lazo santo de la fraternidad del género humano, uno en su desarrollo, el mismo siempre en el fin que la Providencia le marcara; y se estiende el espíritu de caridad y tolerancia desconocido en épocas de dureza, entre pueblos y generaciones intransigentes.

Si no es dado muchas veces penetrar el misterio que envuelve á la humanidad en su vida, lleno de fe el corazon en la mano que le conduce, y fija la inteligencia en la armonía del universo, se admira la marcha continua y ascendente que le lleva al bien y á la inmortalidad: al ver cómo obran los hombres, cómo los pueblos cambian y sufren vicisitudes, cómo marchan las sociedades, si la razon del individuo se prosterna ante la infinita sabiduría de

un ser omnipotente, la libertad se engrandece conducida por los suaves atractivos del orden y la justicia, tendencias que se desarrollan en la historia siempre triunfantes al través de tristes evoluciones.

Esta, pues, nos presenta el desenvolvimiento progresivo de la perfectibilidad humana en el enlace armónico de sus cataclismos; entre la tenebrosa y revuelta mar de los tiempos que fueron, encuentran las edades presentes joyas preciosas con que formar la herencia de las generaciones que vendrán; «Lo presente, producto de lo pasado, ha dicho Leibnitz, engendra á su vez lo futuro.» Presente mas fecundo que lo pasado, futuro mas rico que todo lo que es y fue: el desarrollo de la actividad social y de la del individuo, la mejora de ese elemento físico y la grandeza de su parte íntima y elevada, de la inteligencia, adquieren en la sucesion histórica, de siglo en siglo, de generacion en generacion, un grado mas de perfeccionamiento bajo la influencia de la ley moral: «Es la mision de los siglos modernos, ha dicho un filósofo, adelantar... ir desarrollándose y realizándose cada vez mas la ley del amor y de la justicia; y como en ella consiste, continúa, el perfeccionamiento del orden moral, será infalible el progreso, porque habrá venido á ser la ley natural de la humanidad.» Nos presenta tambien la historia una idea providencial presidiendo los destinos del hombre, alrededor de la que gira su libertad sin menoscabarse ni envilecerse, desenvolviéndose por el contrario mas y mas, á medida que se eleva y rechazando toda tendencia fatalista, sencilla, infecunda, que seca nuestras aspiraciones y marchita la esperanza, flor de vivificante aroma nacida en el desierto de nuestra existencia.

Así, fijos los dos puntos cardinales de la historia, Dios y el hombre, ser omnipotente aquel, cuya virtud dió vida á todo lo creado, cuya sabiduría providencia lo conserva, cuya bondad conduce á la humanidad á un destino infinito;

ser limitado este dependiente de una voluntad suprema, tendiendo á perfeccionarse en sí y fuera de sí mismo, subordinadas sus aspiraciones y tendencias á leyes eternas é inmutables; determinadas las relaciones entre ambos, solo entonces fue posible la realizacion del verdadero pensamiento de la historia, relaciones inaccesibles en parte á la razon humana, que descansa tranquila en la idea de una entidad suprema, en parte fáciles de ser dominadas por el pensador, quien sobre el pedestal que ellas le prestan empieza á desarrollar el sublime cuadro de una idea filosófica: «Esto sirve para explicar, ha dicho un orador contemporáneo, por qué los sabios antiguos, cuyos ojos estaban cerrados á ese conocimiento, no acertaron á tejer la maravillosa trama de la historia.»

Ignorantes de la unidad de Dios, borrada por completo entre la loca algaravía de un ciego paganismo; pervertida la idea de la Providencia por la desconsoladora creencia en un fatalismo grosero; desconocida la identidad de la especie humana por el sello enemigo que grababan en todo extranjero, y cantando con Horacio el continuo deterioro del hombre,

*Actas parentum, pejor avis, tullit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiore.* III. 6,

conocen los hechos aislados de un individuo ó de un pueblo, pero no conocieron la historia de la humanidad; dicen lo que vieron con la exactitud, generalmente, del que ha tocado los sucesos, mas sin alzarse á la consideracion del influjo que ejercieron ó pudieron ejercer, y si tal vez se detienen por un momento á meditar sobre ellos, lo hacen con la vaguedad y recelo del que ve derruirse sobre su cabeza el edificio que examina, con la ligereza del que no cree dejar en la huella de sus pasos una guia al caminante que le sigue en la peregrinacion de esta vida, con la indiferencia de que concentrado en sí mismo con frio egoismo, no se cuida de las existencias que le rodean.

Herodoto y los que mas próximamente le siguieron, aunque entusiastas amantes de la verdad, déjanse arrebatar algun tanto del sentimiento poético, propio de las generaciones jóvenes, y crédulos como el niño aceptan sin discernimiento las consejas que tienden á enlazar á su único héroe la Grecia.

Tito Livio, sin desprenderse del egoismo de las sociedades de su tiempo, lo sacrifica todo, hasta la narracion del hecho mas importante, por una brillante descripcion ó una enérgica arenga.

Tacito, idólatra del arte como los demás, fija su mirada esclusivamente en Roma, y aun en ésta en los personajes con toda su aridez; en vano le pediremos razon de las costumbres, de la religion y las leyes, solo nos dará sucesos exactos á no dudarlo, mas sin enlace alguno entre sí.

El mismo carácter domina en los que les siguieron, si bien se nota ya cierta tendencia á la averiguacion de las causas: en medio de los mismos errores, desconociendo las mismas verdades, se encierran en un círculo mas ó menos estrecho, en una esfera mas ó menos amplia; pero sin elevarse jamás á la sublime concepcion de la humanidad, una en el espacio, en el tiempo, en su origen, en sus destinos.

(Se continuará.)

J. MARIN ORDEÑEZ.

EL ESCLAVO DE ORO.

(CONCLUSION.)

IV.

Espiraba una tarde lóbrega y sombría. El aterrador gemido de los mares se mezclaba con el bramido del huracan que silbaba por entre las copas de los árboles y el sol hundía su disco moribundo bajo un lecho de negros nubarrones.

La atmósfera aparecia siempre impregnada de miasmas deletéreos, y la rápida é instantánea llama del relámpago inundaba la selva de una siniestra claridad.

De repente y entre el bramido de la tempestad, dejóse oír al compás del oleaje el tristísimo canto de algunos marineros, y un punto blanco, como la gaviota que descende á posarse sobre los áridos peñascos de algun islote solitario, avanzó columpiándose y mecándose sobre las impetuosas espumas.

Y aquel punto fue adquiriendo paulatinamente mayores proporciones.

Era una embarcacion.

Antes que los marineros cogieran la primera andanada de rizados pudo verse por la blanca vela que hinchada al soplo del viento, aparecia en la proa desde la parte superior del palo trinquete á la punta del botalon y sujeta á su escota sobre el castillo en forma triangular; por la que amarrada á la parte media de la arboladura caia en forma cuadrada hasta la mura; y últimamente por la que estaba colocada en el palo mayor, que la embarcacion era una elegante goleta.

El patron, colocado sobre el *caramanchel*, presenciaba las maniobras con toda la resolucion, con toda la energía, con toda la presencia de ánimo que en tales casos penetra en el corazon del marino.

«¡Segunda andanada de rizados!» gritó con voz firme y vigorosa.

Los marineros treparon con extraordinaria agilidad por los mástiles y ejecutaron las órdenes del patron.

A este tiempo, un grito salvaje dejóse escuchar en el fondo de uno de los bosques que rodeaban la isla, y un hombre que vestia el traje de esclavo apareció rígido, feroz, altanero, sobre la elevada cúspide de la roca del Atlántico.

Parecia en aquel instante el genio de la tempestad, combatiendo y desafiando á los desencadenados elementos.

El ronco trueno resbaló pesadamente sobre las cárdenas nubes que cubrian toda la extension de firmamento; el relámpago brilló de nuevo, y á su luz pudo verse que una sonrisa de triunfo dilató los labios del esclavo.

¡Arria trinquete, carga y aferra! gritó segunda vez el patron.

Pero el temporal no cedia.

¡Arria mayor! repitieron los vientos de la selva.

El esclavo entre tanto, tenia fija su vista en la embarcacion que se acercaba rápidamente á la orilla.

Una alegría feroz pintábase en su semblante, negro como las plumas del *alcatrás*.

¡Carga y aferra foque! escuchóse de nuevo entre el ruido del oleaje, el bramido del viento y el imponente concierto de la tempestad.

Las verdes espumas ocultaron por algunos instantes la embarcacion á la vista del esclavo.

Pero el relámpago y el trueno cesaron al fin, y la luna apareció pálida y triste por entre los grupos de nubes que volaban por la inmensidad de los cielos.

La goleta apareció nuevamente sobre la superficie de las aguas.

Al verla, el esclavo ahogó un grito de júbilo, alzó los ojos al cielo, y se precipitó entre las revueltas espumas, desde el sitio en que se hallaba colocado.

A los pocos instantes veíasele nadar con un arrojo inconcebible en direccion á la goleta.

—¡Oh del buque! ¡auxilio!... ¡un cable! exclamó con tristísimo acento.

El patron que habia mandado izar velas, dió la voz de *en facha*.

La goleta permaneció inmóvil.

El intrépido nadador agarróse á la obra muerta del buque, y ayudado por el contra-maestre la salvó con su vida y su libertad.

A este tiempo, Ludovina llegaba al bosque donde tantas veces la habia acompañado Beltran.

Llamó repetidas veces á la roca, pero como nadie le contestara, un agudo grito se escapó

de su garganta, y cayó de rodillas sobre la arena.

—¡Gracias, Dios mio! ¡se ha salvado! exclamó con toda la efusion de su alma.

Y el canto de los marineros volvióse á escuchar en la lontananza de los mares.

V.

Pasaron ocho años

Ludovina y su padre se hallaban en la espléndida capital de Cuba.

Ludovina conservaba toda la belleza de sus diez y ocho aflies, pero en su rostro se pintaba la mas dulce expresion de tristeza.

En vano le proporcionaba su padre nuevos placeres, nuevas diversiones, nuevos encantos que pudieran arrancar de su alma el abatimiento de que era víctima.

Ni las reuniones, ni los saraos, ni las fiestas públicas eran suficientes para hacer menos reflexiva la mirada de sus ojos, ni traer á su boca la mas leve sonrisa.

Los doctores la habian visitado; pero ¿quién de ellos se atreveria á proponerle un remedio para sus males si aquellos males residian en su alma?

Su único goce era sentarse al piano, donde pasaba horas y horas, haciendo brotar de sus cuerdas una melodía dulcísima, inspirada acaso por sus dolores, acaso por sus recuerdos: eran todos los gemidos de su pecho, todas las ilusiones de su pasado, todos los tonos del amor y de la melancolia, expresados en aquel torrente de notas candenciosas, concubidas, formadas, reunidas y combinadas por su alma inocente, pura y espiritual, bajo aquella música sublime y embriagadora.

Y esta melodía, triste como el último pensamiento de Weber, dulce como las armoniosas creaciones de Bellini, poética, como el recuerdo que se le habia inspirado, llevaba por titulo ¡Beltran!

Los ojos de Ludovina, fijos en este nombre tristísimo, ínterin recorría las teclas del piano, aparecian bañados en lágrimas.

Una tarde en que la preciosa criolla se hallaba como siempre, abstraída por el inmenso mar de sus amorosos recuerdos, un carruaje tirado por dos magníficos caballos, se detuvo á la puerta de su casa.

Un negro alto, joven, esbelto y elegantemente vestido, descendió del carruaje, entrando poco despues en la casa de Ludovina.

El padre de ésta se hallaba profundamente pensativo.

De repente un ligero ruido turbóle en sus reflexiones, y volvió instantáneamente la cabeza.

El caballero negro se hallaba colocado en el dintel de la habitacion donde aquel se encontraba.

El señor de Rivera, que tal era el apellido del padre de Ludovina, fijó sus ojos en el recién llegado, y una terrible exclamacion se escapó de sus labios.

El negro le impuso silencio; y como el huracan que lleva con su soplo las hojas de los árboles; como la boa que absorbe con su aliento al viajero, así el extraño caballero ejercia tan poderosa influencia sobre el padre de Ludovina, que aquel comenzó á retirarse y éste á seguirle, hasta que entraron nuevamente en el coche.

Ludovina, movida de curiosidad, habíase aproximado á una ventana que tenia comunicacion á la calle.

A poco distinguió la figura de su padre... Despues...

Ludovina fijó sus ojos de una manera estraña en el hermoso negro, y dió un grito de espanto.

Los caballos partieron á galope.

Ludovina permaneció inmóvil... con la mirada errante, el corazon agitado y la sombría palidez del vértigo que experimentaba su alma, dibujadas en su frente, así vió partir al carruaje, lo vió rodar, alejarse, perderse últimamente; mas en sus ojos pareció quedar una

esperanza dulcísima que la hacia estremecerse de placer.

VI.

El señor de Rivera y el negro hallábanse media hora despues en una espléndida habitación, en la que se ostentaban flores, jarrones, magníficos espejos, suntuosas colgaduras y multitud de candelabros que iluminaban la estancia profusamente. En el centro se elevaba sobre un pedestal de hierro, una rica balanza de oro.

El padre de Ludovina miraba aquel fantástico mueblaje casi con temor.

—Mira, señor,—dijole al fin el negro.

—¿Qué? preguntó Rivera con asombro.

—Voy á pagarte la muerte de tu esclavo Beltran.

Rivera guardó silencio, é inclinó pesadamente su cabeza.

—Mira, repitió el negro, y se colocó sobre uno de los espaciosos platos de la balanza.

La balanza quedó desnivelada por completo.

El negro dió una voz y multitud de esclavos aparecieron y le rodearon por todas partes.

A una nueva señal que hizo se marcharon dos y volvieron en número de veinte arrastrando una inmensa caja de ébano.

—Abridla, dijoles con dulzura.

Rivera se mostraba asombrado.

Los esclavos removieron la caja y empezaron á echar en el receptáculo vacío lo que les habia mandado su señor.

Era una infinidad de monedas de oro, que cayendo en forma de cascada producía un ruido extraordinario al precipitarse en dicho sitio.

Rivera dió un salto sobre sus talones y miró con espantados ojos aquella singular operación.

Inclinóse al fin el contrapeso hasta tocar el suelo.

—¡Fuera! gritó el caballero negro á sus esclavos.

Rivera y el negro quedaron solos mirándose el uno al otro y en el mas profundo silencio.

—Toma, dijole el negro á Rivera señalando el brillante monton de oro que representaba mas de lo que él pesaba.

—No, contestó el otro maquinalmente.

El negro entonces sacó un magnífico puñal y arrojó otro á los pies de Rivera.

—Elige, dijole con voz ronca.

—¡Acepto el oro! exclamó Rivera.

—Está bien, balbuceó el negro; pero advierte que te pago la muerte de Beltran, y que te compro su libertad.

—Está bien, repitió el espantado criollo.

—Ahora ten presente que amo á Ludovina y que ella me ama tambien.

Un sordo rugido se escapó del pecho de Rivera.

—Contesta.

—Imposible.

—Ludovina será mia.

—Mientes, gritó Rivera...

—Contempla, dijo el negro tocando un timbre.

A esta señal abrióse una puerta situada en el fondo de la habitación.

Ludovina apareció en ella, triste, pálida, temblorosa, con su cintura rodeada de gasas y su frente coronada de flores.

—Me heriste, Rivera, dijo el negro adelantándose magestuosamente, pero Dios que se compadece de los buenos, hace hoy que luzca el astro de mi felicidad.

—¡Beltran! dijo Ludovina acercándose al negro.

—¡Ludovina! exclamó Beltran arrojándose á sus pies.

—Era criolla y tú esclavo, dijo aquella; pero la virtud y el amor nos ha nivelado en la tierra.

VII.

Algun tiempo despues tuve noticias de la anterior historia, y aun existe un señor rico y

poderoso á quien la gente da el nombre de *El esclavo de oro*.

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

HISTORIA NATURAL.

EL PERRO.

El perro es sin duda alguna uno de los animales mas interesantes y útiles que se conocen: aparte de su viveza, su fuerza, su sagacidad y la esbeltez y gracia de sus formas, se distingue entre todos por el desarrollo de su sensibilidad y el poder de su inteligencia. Sabido es que tan feroz y sanguinario como es la índole del perro silvestre, tan cariñosa y benévola es la del can doméstico. Todo el mundo conoce la utilidad de sus diferentes castas, tanto para guardar las casas, como para preservar á sus dueños de cualquier peligro, llegando su fidelidad hasta el punto de lamer la mano que le hiere. No es rencoroso ni vengativo para el que le sustenta: y es útil al cazador, cuya res acecha con sigilo, con inteligencia, con maestría: para el pastor cuyo rebaño guarda, y para todos en general, porque el perro se constituye en guarda, en compañero, en amigo, en espía, en vengador, en criado, siendo símbolo de constancia y de lealtad.

Conocidas como son sus cualidades, fáltanos solo averiguar sus castas, para lo cual nos valemos de plumas tan competentes como las de Buffon, el cual, despues de ocuparse de sus costumbres, dice:

«Los perros que fueron abandonados en los páramos de América, y que viven monteses hace 150 á 200 años, aunque oriundos de razas alteradas, pues merecen este nombre, puesto que se juntan y producen con los perros domésticos. Estos animales tienen dos pies y ocho pulgadas de largo: la cabeza siete y diez líneas desde la estremidad de la nariz hasta el colodrillo, y es arqueada á la altura de los ojos, que están situados á seis pulgadas y una línea de la estremidad de la nariz. Estas dimensiones son, como se ve, casi las mismas que las del perro de pastor, á cuya raza se parece mas que á ninguna otra ese animal de la Guyana, pues tiene como aquel las orejas derechas y cortas, y la cabeza enteramente parecida, aunque le faltan los pelos largos en el cuerpo, en la cola y las piernas. En el pelo es tan parecido al lobo, que es fácil engañarse, pero sin parecerse á él en la cola ni en la parte superior del cuello. Su cuerpo es mas abultado que el del perro de pastor, y las piernas y la cola algo mas pequeñas: el borde de los párpados es negro, igualmente que la estremidad del hocico: en los carrillos se le ven dos pequeñas listas negras: los bigotes son negros, y los mayores pelos que le componen, tienen dos pulgadas y diez líneas de largo. Las orejas á la entrada están guarnecidas de pelo blanco amarillento, y cubiertas de pelo corto y bermejo mezclado de pardo: el pelo de la cabeza y del cuerpo es una mezcla de negro, leonado, gris y blanco. Las piernas son cortas, y su pelo igualmente que el de los pies, es de color pardo subido, mezclado con un poco de rojo: los pies son pequeños, pues solo tienen veinte líneas hasta la estremidad del dedo mas largo: las uñas de las estremidades anteriores tienen de largo seis líneas, siendo la mas fuerte la primera de las internas, pues es de siete de largo y tres y media de ancho en su nacimiento: el maslo de la cola es de cerca de trece pulgadas, y está cubierto de pelo corto y amarillento que tira á gris: la parte superior de la cola tiene algunas tintas de color pardo, y su estremidad es negra.

Finalmente, estas dos especies persiguen á los agutis, los pacas, etc., y los cogen y matan: á falta de caza, suben á los árboles cuyas frutas les gustan, como los del palo encarnado, etc. Andan en manadas de seis ó siete; es difícil domesticarlos, y conservan siempre un carácter maligno.

Se puede presumir con alguna verosimilitud que de todos los perros, el de pastor es el que

mas se acerca á la raza primitiva de la especie; pues en todos los paises habitados por hombres salvajes, y aun medio civilizados, los perros que hay se parecen á los de esta especie mas que á ninguna otra: que en todo el continente del Nuevo Mundo no habia otros: que solo estos son los que se encuentran al Norte y al Mediodía de nuestro continente, y que en Francia, donde comunmente los llaman *perros de brie*, y en los demás climas templados hay todavia gran número de ellos, no obstante haberse cuidado mucho mas de multiplicar las otras razas que tienen mas belleza, que de conservar esta que solo es de utilidad, y que por lo mismo ha sido desdeñada y abandonada á los pastores. Si se considera tambien que este perro, á pesar de su fealdad y aire triste y agreste, es sin embargo superior por su instinto á todos los demás perros; que tiene un carácter fijo, independiente de toda educación; que es el único que nace, por decirlo así, enseñado; y que guiado por la sola inclinacion, se dedica por su propia voluntad á la guarda del ganado, con una puntualidad, vigilancia y fidelidad singulares; que le conduce con admirable y no adquirida inteligencia; y que su talento es el asombro y el descanso de su dueño, cuando, por el contrario, se necesitan mucho tiempo y trabajo para instruir á los demás perros, y adiestrarlos para los usos á que se destinan; se conocerá que este perro es el verdadero perro de la naturaleza, el mas útil que nos ha dado, el que tiene mayor analogía con el orden general de los seres vivientes, que mutuamente necesitan unos de otros, y en fin, el que debe mirarse como tronco y modelo de toda la especie.

Mr. Forster dice «que la raza de perros de las islas del mar del Sur es muy parecida á los perros de pastor; pero su cabeza, añade, es sumamente abultada, y sus ojos son notablemente pequeños; tiene las orejas puntiagudas, el pelo largo y la cola corta y muy poblada de pelo: en las islas de la Sociedad su principal alimento son frutas; pero en las islas bajas y en la Nueva Zelanda no comen mas que pescado. Su torpeza es estremada: rara vez ó casi nunca ladran, pero ahullan de tiempo en tiempo: tienen el olfato muy torpe, y son excesivamente perezosos.» Los naturales del país los engordan para comer su carne, á que son muy aficionados, prefiriéndola á la del puerco: además, emplean su pelo y pieles en hacer varios adornos: en las islas de la Sociedad hacen con ellas franjas y corazas; en la Nueva Zelanda las usan para guarnecer los vestidos.

Igualmente se hallan los perros, como indígenas del país, en la América meridional, donde los llaman perros de bosque ó monteses, porque todavia no se les ha reducido á domesticidad constante como á los nuestros.

Y así como la especie humana parece agreste, contrahecha y menguada en los climas helados del Norte, y no se encuentran desde luego sino hombres pequeños y muy feos en Laponia, en Groenlandia y en todos los paises en que el frio es esceso, pero que despues se ve aparecer en el clima cercano, y menos riguroso la hermosa raza de los filandeses, de los daneses etc., que por su figura, estatura y color son quizá los hombres mas hermosos del universo, así tambien se encuentran en la especie de los perros el mismo orden y las mismas relaciones. Los perros de Laponia son muy feos y pequeños, pues no escuden de un pie y dos pulgadas de largo, y los de Siberia, aunque menos feos, conservan las orejas derechas y el aire agreste y montaraz, al paso que en el clima contiguo que produce los hombres hermosos de que acabamos de hablar, se hallan tambien perros de la mayor belleza y estatura.

Los de Tartaria, de Albania, del Norte de Grecia, de Dinamarca y de Irlanda, son los mayores, mas fuertes y vigorosos de todos los perros, y se usa de ellos para tirar carretones. Estos perros que llamamos de Irlanda, son de origen muy antiguo, y se han conservado, aunque en corto número, en el clima de que son originarios. Los antiguos los llamaban



Gran danés.

perros de Epiro y perros de Albania; y Plinio refiere en términos tan elegantes como enérgicos, la lid de uno de estos perros contra un león, y después contra un elefante.

Los perros no conservan su ardor, coraje, sagacidad y demás talentos que le son naturales, sino en los climas templados, perdiéndolo todo cuando se les trasporta á otros demasados ardientes; pero como si la naturaleza no quisiese nunca hacer cosa alguna absolutamente inútil, se advierte que en los mismos países en que los perros no pueden servir para ninguno de los usos en que nosotros los empleamos, son buscados y criados para la mesa, y que los negros prefieren su carne á la de todos los demás animales. Así se ve entre ellos llevar perros al mercado para venderlos, y compran su carne á precio mas subido que la del carnero, el cabrito y cualquiera especie de caza: en fin, el manjar mas delicioso de un festín entre los negros, es un perro asado. Pudiera creerse que la pasión de estos pueblos por la carne de perro procede de la mudanza de calidad de esta misma carne, la cual, aunque muy mala de comer en nuestros climas templados, acaso adquiere otro gusto en aquellos mas ardientes; pero depende mas bien de la naturaleza del hombre que de la del perro, puesto que los salvajes del Canadá que habitan un país frio, tienen la misma afición que los negros á la carne de perro, y que nuestros misioneros han comido de ella algunas veces sin que les causase repugnancia. Los perros sirven en lugar de carnero para comerlos en los banquetes, dice el padre Sabardo Theodato: yo me he hallado diferentes veces en festines en que se ponía carne de perro: confieso á la verdad que al principio me causaba horror; pero luego que la hube comido dos veces, la hallé buena, y de gusto algo parecido á la del puerco.

Para dar idea mas clara del orden de los perros, de su degeneración en los varios climas, y de la mezcla de sus razas, pongo aquí una especie de descripción genealógica, en que podrán verse todas estas variedades.

(Se continuará).

BUFFON.

LA DEUDA OLVIDADA.

ANÉCDOTA CONTEMPORÁNEA.

(CONCLUSIÓN.)

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestación de la viuda con el trasegado Matusalen; y aquella noche misma el conductor de Rosa,

asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, después de haberle molido á palos, achacándole conato de conversación criminal con su inocente cónyuge: mujer, en efecto, la mas inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor maestro, y lanzarle de la población entre los gritos de un general anatema. La viuda en vísperas de desenviudar habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo, en efecto, que fugarse de allí con grave riesgo de su persona: sus tiernos discípulos, á instancias de la rencorosa viuda, le despidieron fervorosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto; mas con decidida intención de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la península. Vano propósito, porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podía estampar los pies. Rosa fue recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con promesa formal á no reñirla nunca, siempre que no se le rebelase cuando le mandara tomar esposo.

Y como Rosa era hermosa y excelente criatura, tenía un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si éste se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposición de manos poco apostólica.

Entre tanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivía con su madre; escribió, y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió mas adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba también Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecía, húbole de oír su ordinaria exclamación «¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fue de otra manera sorprendido por la visita que mas debíamos esperar, y que menos prevenidos nos halla, la de la muerte.

No fue, sin embargo, la sorpresa tan repentina, que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia; y sin escrúpulo de conciencia, dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable señor don Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amor anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra, si acaso la tuvo.

Tomar posesión de la herencia y llamar á todos sus acreedores, fue obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los mas; pero no todos, y el opulento señor don Alfonso no durmió por eso mejor que solía.

Buscó al día siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. «¡Esta noche si que duermo como una estatua! (dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto). Ya no debo nada á nadie, por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Ya lo entiendo (esclamó al levantarse): debo una reparación al maestro casado, á quien



Alano de Tibet.



EMPERADORES DE ROMA. — Philippo, Decio, Gallo, Emiliano, Valeriano, Galleno.

dejé perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé dónde para, y me es fácil favorecerle.»

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos días, y siguió durmiendo lo mismo que antes.

«Pero, señor (se preguntaba incesantemente), ¿qué me falta pagar aun? ¿qué debo yo?»

«Ah! sí: un rico debe un tributo de protección á las artes y letras.

«Le concederé hasta donde mi renta me lo permita.

«Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhábil ó imbécil.

«Trabajaré para mi país en mejorar su sistema de agricultura.»

Practicó Alfonso cuanto decia, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: «Algo me falta que pagar, algo debo. ¿Qué es?»

Pensó en Rosa, por último.

«Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que le escribí. Voy á escribir de nuevo.»

Tampoco obtuvo contestación.

Aburrido, malísimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó varias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas, se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venia descuidadamente montado aquel impostor, consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que habia recibido de él, y á la cual aun no habia correspondido volviéndole otra.

«Esta es la deuda que me faltaba satisfacer (prorumpió colérico): hagamos finiquito, y dormiré bien por primera vez esta noche.»

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosa-

mente al labriego los golpes de antano; pero aque la noche durmió peor que nunca.

«¿Qué deberé yo todavía?»

«Soy rico y soltero. ¿Deberé casarme?»

«Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada.»

Madrugó Alfonso al otro día para ir á la iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar mas allá.

Con todo, no se determinaba: hacia años que no frecuentaba iglesia ninguna.

Habian tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraria en el templo ó si retrocederia; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.



HOLANDA.—La Haya.

Rosa era, en efecto; la misma Rosa: con menos frescura de tez que antes; pero con mas gracia en sus facciones y movimientos: convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra corte.

—¡Rosa!
—¡Alfonso!
—¿Cuándo ha venido usted á Madrid?
—Hace mas de tres años.
—No la he visto á usted nunca.
—Yo á usted sí, varias veces.
—Y ¿no ha querido usted hablar á su antiguo maestro?
—El maestro ni siquiera miraba á su alumna.
—¿Y madre?
—Enviudó otra vez, y vino á establecerse en Madrid.

—¿Y usted, Rosa? ¿está ya establecida?
—Hice una promesa en mi pueblo; y aunque me ha costado aflicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

—¡Rosa! ¡Rosa! usted será mia; yo no he podido amar sino á usted; usted sin duda no ha recibido mis cartas.

—Ahora sé que usted me haya escrito.
—Es preciso que sepa yo si su madre de usted las ha interceptado. Es necesario que satisfaga mi postrera deuda para que descanse tranquilo. No sabe usted, Rosa, ¿con qué desasosiego vive el que fue su maestro de usted, y tambien su primer amante, su primer amor!

—Primero sin segundo, señor don Alfonso.

—¿Es verdad, Rosa de mi vida? ¿Es posible!

—Mi madre podrá informar á usted mejor de las ofertas que he rehusado. El pobre maestro de mi lugar ha sido para mí preferible á los mas ricos hacendados de mi país.

—Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, criados, caballos, aduladores, envidiosos, y reputacion de talento; porque la riqueza es capacidad ó pasa por ella. Para ser feliz no me faltan mas que siete horas de sueño cada noche.

—¿Qué le desvela á usted?

—Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita; me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho cuantas contraje; y á pesar de eso, no hay noche que no sienta junto á mis oídos una voz que no cesa de repetirme:—Tú debes y no pagas; aun debes y no pagas, Alfonso.—Rosa, Rosa mia, dígnese usted aceptar esta mano que Alfonso le debe, para que pueda preguntar mañana á esa fantasma que me persigue:—«¿Qué debo ya?»

Rosa levantó aquí hácia Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y acentuadas con singular y casi divina expresión, fluyeron suavemente de sus rojos labios estas pocas palabras: «Alfonso, ¿ha pagado usted lo que debe á Dios?»

Inclinó Alfonso la cabeza, cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

«¡Ah!» prorumpió despues, y no acertaba á proferir palabra ninguna.

En esto la campana de la iglesia dejó oír el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno, y dijo á Rosa con acento agitado:—«Entremos, Rosa, entremos; guíeme usted.»

A la misma hora, ocho dias despues, el velo de los desposados envolvía en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su maestro.

A la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho nupcial, escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiración de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro. Tras el suspiro se apagó la respiración, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

«¡Alfonso!» dijo en voz amorosa y baja.

«¡Alfonso!» repitió ya sobresaltada, echándose fuera del lecho.

«¡Alfonso!» gritó, fuera de sí de espanto.

El dormido no respondía.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido: pagada su última deuda, el sueño

mas feliz habia cerrado sus párpados: el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

¡Bienaventuradas las vigiliias que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

Rosa no murió por entonces: tenia madre que estaba enferma; falleció la hija á los cuatro meses, quince dias despues que la madre. Habia sido Rosa heredera de Alfonso; muchos inculpables deudores, muchos pobres virtuosos, heredaron á Rosa.

¿Por qué, aun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan preferible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

DE MI CARTERA.—APUNTES.

He viajado sobre un monstruo, que ruge y corre como un huracán. Tira de un pueblo sin cansancio, y va salvando valles, vadeando rios, cruzando llanos, perforando montes, arremolinando objetos que descubre, alcanza y deja atrás desvanecidos como fantasmas de un delirio. Lleva en sus pies los talares de Mercurio, en su frente el fuego de Minerva, en su seno la civilización del mundo... es el ferro-carril.

¡Allá vá el pensamiento humano! ¡Salud!... Este saludo, que trasmite el nervio de un alambre, puede sentirse ahora mismo en los antipodas; puede resonar aquí otra vez, como el eco de un suspiro, despues de haber abrazado á todo el mundo. El mundo es ya un solo corazón; cada hombre un latido suyo, enlazado á otro latido.—¡Salud!—Y ¿qué es salud?... —¡No nos entendemos!... ¡Ferro carril! ¡Telégrafo!... Falta un término mas, un rayo mas de luz en este otro Tabor en que la humanidad se trasfigura: la lengua universal. ¡Magnífica trilogía!

Una deuda es el olvido que el hombre de bien mas recuerda.

Y un acreedor y un chinche dos insectos que pican siempre en el mismo punto.

La desdicha engendra el dolor: el dolor es amor, si mira al cielo; cuando mira á la tierra, es odio.

El tiempo es oro para el mercader, plata para el usurero, cobre para el artesano, hierro para el mendigo, historia para el filósofo, comedia para el cortesano, vivir para el político, morir para el asceta, dias para el escribano, noches para el ladrón, algo para la mujer, mucho para el prisionero... nada para el militar.

Un paseo es un salón barrido con sedas de ricos y rociado con lágrimas de pobres.

Si yo hubiera creado al hombre, habríale dado vegetación por su contacto con la tierra. El hombre, observadlo bien, pierde su dignidad comiendo, *mascando*.

El suicida es un cuerdo que se enamora locamente de la muerte.

El hablador tiene necesidad de mentir, porque no tiene verdades para estar hablando siempre.

La piedad está entre dos impiedades: la incredulidad y el fanatismo. El fanático es un gran impío... por el amor de Dios.

El gato simboliza hipocresía, el monje san-

tividad. Hé aquí una palabra gráfica, genealógica: Monje y gato—Monjigato—Mojigato.

Hijo pródigo del corazón, que se escapa de la casa paterna, el suspiro de la risa: váse alegre y vuelve triste.

Y tesoro de perlas que solo pueden tirar las almas ricas, la dulce amargura del llanto.

Hay dos esperanzas: la una abraza como las meretrices, con brazos de tierra: la otra como los ángeles, con alas de cielo. Aquella es falaz; infalible ésta.

Las heridas del alma se cicatrizan en la frente.

El orgulloso y el caballo son los dos animales mas gallardos.

El banquero mas rico y el poeta mas pobre, tienen un punto de semejanza y contacto: aquel tiene el corazón de oro; éste las plantas de los pies.

Amo á una mujer que no es de polvo; es de luz y de olor: sus formas son diáfanas, su palabra no suena, huele.

Pura es como el suspiro de un ángel, y yo, con ser de barro, la beso siempre que la veo, y no mancho su castísima pureza; porque la beso el alma con mi alma.

¿Quién es?

Una mujer humildísima, ignorada, que no anda en las vías del mundo, que es gozar, sino en las del cielo, que es sufrir; una mujer que sin conocer á nadie da su reposo y su salud y su vida por todos los que padecen; una mujer que lleva en su seno, sahumado por incienso de plegarias y virtud, la paz de Dios, el amor de Dios, la misericordia de Dios.

Su misión es amar; pero amar el dolor. Y cumple esa misión divina, consumiéndose, evaporándose en su amor de dolor, como una azucena entre espinas.

Cáliz de lágrimas que lloraste penas mías, ¿te acuerdas de mis penas?

Memorias de mi alma ¡ay!...

Un sacerdote, ese amigo de Dios que abre con su palabra el cielo, ha bendecido un alma que vá á dejar su terreo vaso.

El alma de mi alma suspiró... se estremeció... voló, dejando en la tierra lo que muere.

Un ser inmaterial como una idea, triste como un sollozo, piadoso como una lágrima de amor, amor de dolor, dolor de cielo, ese ángelico ser cierra los ojos de mi muerte; crúzale las manos creyendo; besa, con labios que no tocan, aquel vaso de ya evaporada esencia; eleva luego los brazos como alas que tienden á lo escelso, y se arrodilla, y llora, y reza, protegiendo la jornada del alma que á Dios sube...

Arriba llegó el alma aromándose en incienso...

El ángel que arrodillado ante mi madre difunta llora y reza, es la mujer que yo amo.

¿Es joven?

No lo sé.

¿Es bella?

No lo sé.

¿Cómo se llama?

Hermana de la Caridad.

Un libro no es solamente un maestro que enseña; es tambien un amigo que acompaña. El que está solo con un libro, no está solo: tiene á quien oír, á quien hablar; hablar y oír en esa espontaneidad de simpatía con que se atraen los que se aman.

El libro no es el hombre; pero encarna en

otra forma lo mejor del hombre: el pensamiento, la pasión, el alma del hombre. Flor de inmarcesibles hojas, flor que solo se marchita al humo y flamas del negro fanatismo, la flor del libro se abrió al ósculo de un alma, y está siempre oliendo á alma.

El que abre un libro, abre una conciencia, un corazón que palpita. Abridlo muchas veces y lo amareis á buen seguro; porque donde llama un latido, acude siempre el amor. Se quiere un caballo, se quiere una casa, se quiere un reloj; pero un libro se ama: es un amigo.

Y yo no tengo libros... ¡Ahora sí que estoy yo solo!

¿A dónde están mis libros?...

Los he vendido.

¡Ay!...

El que sea capaz, que traduzca este suspiro.

CECILIO NAVARRO.

LETRILLA.

*Ve aquí la vida
Que los mas pasan:
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.*

*Graves tribunos,
Que de la patria
Sois mas padrastros
Que un juez de Holanda;
¿Qué haceis poniendo
Por nuestras plazas
Postura al nabo,
Ley á las habas?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.*

*Escribas fieros,
Que en vuestras causas
Armaís mas lazos
Que á un raton trampas;
¿Qué haceis llenando
Mas hojas blancas,
Que tiene tiznes
La mala fama?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.*

*Sabios de escuelas,
Que en vuestras aulas
Entraís mas anchos
Que diez tinajas;
¿Qué haceis pujanlo
Cuestiones vanas,
Mas gritos dando
Que remo en playa?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.*

*Mis eruditos
De aire de Francia,
Postes eternos
Junto á madama;
¿Qué haceis mintiendo
Máquinas que hablan,
De cuando en cuando:
Laran, larara ::?*

*Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Maridos francos
De esposas francas,
Que por milagro
Veis vuestras casas;
¿Qué haceis temiendo
Que encima os caigan;
Pues salís de ellas
Cual toro á plaza?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.*

*Vos letrilleros,
Poetas ranas,
Escarabajos
De agenas faltas;
¿Qué haceis sacando
Coplas sin gracia,
Vano el cerebro,
Floja la panza?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.*

IGLESIAS.

LOS CARRUAJES.

Si remontando el río de la historia tratásemos de hacer la *biografía* del carruaje, la enumeración de sus diversas formas, de su progresivo desarrollo y perfeccionamiento, sacaríamos en limpio esta consecuencia: que siempre se ha mirado como un honor el andar en pies ajenos; sea que con esto se haya querido indicar que el hombre grande no debe hollar el polvo que huella el miserable; ya que debe andar mas elevado; ya que el hombre tiende á encumbrarse á la altura del ángel y solo puede elevarse á la del cochero.

Y en efecto, aunque Dios no crease al hombre subido en un carruaje, ni montado en un caballo, es indudable que en sus altos fines le destinaba á tales honores, puesto que puso á su disposición el noble corcel, el paciente camello, el manso buey y otros brutos domésticos. Andar á pie, por mas que los pies sean para andar, es propio de bajos seres.

Los ángeles nos los representan con alas; la mitología nos muestra á Apolo en un carro deslumbrante; todos esos seres que crea la imaginación de los poetas, los genios, las hadas, las siltides, las ondinas, los silfos y toda esa caterva misteriosa de sueños, sombras, apariciones y fantasmas, cruzan por el aire, vagan por las nubes, se deslizan por las aguas, se mecen entre vapores, cabalgan en un rayo de luna, se desprenden de las estrellas, resbalan por la yerba de las praderas; no andan. —Por lo visto mover los pies, cosa que hacemos á cada paso, es cosa vil é indigna. Cuanto mas bajo y abyecto es un ser, mas se arrastra por el suelo. Por eso el héroe que se siente grande y el opulento que contempla sus tesoros trepan sobre una carroza, y sin mover los pies ni pisar la tierra andan deslumbrantes de magestad.

Hoy las ciudades han perdido el magestuoso silencio de los antiguos tiempos. Ya no se escucha en ellas la voz del orador suspendiendo al pueblo de sus elocuentes labios, ni el rumor de las públicas conversaciones, ni el clamoreo de las aclamaciones; hoy se oye un rumor sordo, constante y monótono, un estruendo interminable que apaga las voces y los discursos. Es la voz de la civilización, el ruido de los carruajes que hormiguean por todas partes, que cruzan, suben y bajan incesantemente.

Coches por aquí, coches por allá. ¿Será que los humanos se han convertido en coches, ó viven en coches en vez de casas y tienen ruedas en lugar de pies? No, sino que así como un niño necesita un juguete con qué divertirse, la sociedad, que solo es un gran niño antojadizo, necesita también un juguete con qué entretener sus ocios ó satisfacer sus caprichos, y hoy el carruaje es la muñeca con que el gran niño se divierte.

Todas las pasiones, todas las cosas tienen una parte impalpable, que es la pasión misma, y otra palpable, que es su manifestación. La presunción se convierte en un adorno, la pereza en una butaca, la gula en un manjar, el crimen en un puñal, la vanidad hoy toma la forma de un carruaje, primera é indispensable necesidad, sueño dorado del hombre moderno.

¡Un carruaje! ¡Un par de caballos! ¿Qué no se hace hoy por poseer tales tesoros?

El abogado que trabaja noche y día sin descanso, formula sus esperanzas en un carruaje; el médico que lucha con las enfermedades y ahuyenta la muerte con el conjuro de sus recetas, ve premiados sus esfuerzos con un carruaje. El hombre de negocios aspira en sus cálculos á descifrar este enigma, á resolver este problema: ¿de qué modo de la nada, ó de un papel, ó de las piedras, puede sacarse la incógnita de un carruaje? El término de las ambiciones del día es un carruaje. Un hombre no se considera legítimo hombre mientras no ha llegado á *echar coche*. Aunque tenga honores, posición y condecoraciones; aunque

viva cómodamente, en buena casa, con buenos muebles, buena mesa y confortables chimeneas, se considera un pobre diablo si no tiene coche. Fulano tiene coche, es la fórmula con que se espresa el bienestar de una persona, pues tenerle representa el fin de su carrera á pie y el principio de la carrera en coche, que á galope, por la posta, conduce á las mas sublimes y encumbradas posiciones.

Sobre el *Ideal de la Humanidad* Krause escribió un excelente libro. Hoy puede escribirse en un renglón lo que el filósofo escribió en un tomo: el ideal de la humanidad hoy es nacer, vivir y morir en un coche. Dichoso el que se encumbra á un carruaje, pues encontró la piedra filosófica moderna.

Hoy la imaginación se forja un coche, el pensamiento se fija en un coche, las ilusiones son por un coche y las esperanzas de un coche, que es la imagen vaporosa que por todas partes sigue á la mente, como la sombra sigue al cuerpo, el anhelo constante que hace latir con doble fuerza el corazón.

La joven que llega á los quince siente nacer en su pecho un misterioso deseo: es la necesidad de amar, es el hambre del corazón, que también el corazón tiene su hambre. Pero ¡ay! si el ser ideal que vaga por su mente, que aparece en sus ensueños, se le presenta pobre, á pie, sin ostentación, caen al suelo sus ilusiones, se apean del coche de la fantasía. Si apareciese entre el esplendor de la opulencia, encima de un carruaje, sublime como un dios, arrastrado por soberbios corceles como un héroe, derramando oro como Júpiter sobre Danae, esparciendo aromas como Flora de su seno, ¡cuánto mas ideal sería! Si aquel hombre le diese su mano adornada de brillantes, si hiciese protestas de amor envueltas en encajes y vestidos, si diese suspiros engarzados en aderezos, si la condujese al tálamo nupcial por un camino de alfombras y allí los cobijasen colgaduras de terciopelo, y sobre todo, si la llevase á paseo en una magnífica carretela, ¿no sería aquel hombre mas sublime, mas tierno, mas galante, mas buen mozo y mas enamorado? ¿Quién se atreverá á tachar de prosaico á un siglo que de tal manera siente y piensa? ¿No es mas espiritualista, mas platónica una generación que quiere despojar á la naturaleza humana de su fealdad y miseria, rodeándola de poesía y adornándola con los tesoros que produce la tierra y las maravillas que engendra el arte? Una sociedad que aspira á andar en coche, cuando menos es mas elevada que la que se contenta con poner la planta en el polvo donde el bruto imprime su huella, en el lodo donde el reptil se arrastra.

Conforme algunos saben, ó dicen y hacen creer que saben, sanscrito ó chino, supón, amigo lector, que yo, á fuerza de estudiar, soy mas sabio filólogo y entiendo el idioma de los carruajes. Voy á traducirte literalmente el ruido constante de que antes te he hablado.

Por aquí asoma una elegante carretela conduciendo á un matrimonio con sus hijos. El run run de sus ruedas, traducido al castellano, va diciendo. «Este que conduzo ganó, no sé cómo, su dinero, me compró para lucirme una temporada. No piensa en asegurar una modesta fortuna á sus hijos. Rodar unos días, halagar su vanidad, tal es su deseo, aunque mañana llóre en la miseria. Es un loco: yo soy su juguete.»

Por allá viene una airosa americana ocupada por una dama elegante y solitaria. «Esta, van gritando las elocuentes ruedas, es una víctima de la ambición. Amaba á un hombre honrado que la adoraba; llegó un millonario; el aspecto de su opulencia la deslumbró, el ruido de sus carruajes la trastornó; entregó su mano, no diré á un hombre, á esos caballos que me conducen. ¿La veis? Pues hastiada de los placeres del lujo, desdeñada de su marido, llora su antiguo amor, arrastra en carruajes su oculto dolor, tapa con sedas y encajes sus remordimientos. Es una de-graciada, yo soy su atormentador.» ¡Ay, si todos entendieran el idioma de los coches!



Galgo.

Mirad aquel faeton conducido por un joven. Es un demente que rodando carruajes hace rodar su dinero, sin pensar que la rueda de su fortuna se gastará y su hacienda rodará por el suelo con risa de las gentes. No le basta un coche por comodidad, ¿quién piensa en la comodidad? necesita uno cada cuatro días de distintas formas y condiciones. Apura todas las combinaciones de coches, grandes con caballos pequeños y vice-versa, lacayos altos y bajos. En fin, el carruaje es el objeto de su culto y veneración.

¿Veis aquella joven? ¡Qué carruaje! ¡qué caballos! Parece una diosa y es... una mujer que vendió su primogenitura, su honor, no por un plato de lentejas, por cosa de mas valor, por un plato de carruajes.

(Se continuará.)

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

LA HAYA.

La Haya, de aldea que fue en sus primeros tiempos, es hoy una de las mas bellas ciudades de Holanda. A principios del siglo XVI fue saqueada y quemada por los güeldremes á las órdenes de Martin Van-Rossin. Sus edificios mas principales son el palacio del Rey, el del Príncipe de Orange, el ministerio de Hacienda, la cámara de los Condes y el Hotel-Hope, antiguo palacio que habitó Napoleon el Grande cuando en 1810 estuvo en aquella ciudad. La Haya posee un buen Museo con mas de trescientos cuadros y un pequeño *Bois de Boulogne*, en el que se dan conciertos durante las tardes de verano.

LOS CAMPOS ELÍSEOS DE MADRID.

La abundancia de originales ha hecho que oportunamente no demos cuenta á nuestros lectores de un acontecimiento harto importante en los fastos campestres de Madrid. El día 15 de junio próximo pasado se inauguraron los *Campos Eliseos* que en el camino de la *Venta*, á las afueras de la puerta de Alcalá, han hecho construir algunos capitalistas catalanes y valencianos, á cuyo frente figura, se-

gun tenemos entendido, el espléndido señor Font. En dicho bellísimo paraje situado sobre un área inmensa, se ha puesto cuanto puede recrear la curiosa mirada del espectador. Allí tenemos espléndidos jardines, adornados con millares de luces, que presididas por los melancólicos rayos de la luna, si es de noche, pristanles un aspecto fantástico y deslumbrador: en ellos encuéntrase tambien una hermosa ría con el vapor *Príncipe Alfonso* en parodia y algunas barcas, que mediante un real por paseo se hallan á la disposicion del público; parte de éste no contaba seguramente en la primera noche con un naufragio imprevisto que le hizo saborear el agua de lo lindo y salir cual *chupa de domine* como se suele decir: mas allá capean los banderines y gallardetes colocados sobre la pendiente de la *Montaña rusa*, diversion desconocida hasta ahora en esta populosa villa, pero mas que el ferro-carril recuerda nuestro paso por el mundo: al precipitarse por ella no se viaja: se vuela y hay un momento en que se desearia tener cerca un escribano para hacer testamento y un ministro de Dios, se entiende, que nos diera la santa unción. Esto, sin embargo, pasa con la misma rapidez que un ministro ante los ojos de un cesante ó cualquiera de nosotros ante la hambrienta cartera del acreedor. El hombre se inclina instintivamente al peligro y tal vez por ello cuando al precipitarse por la montaña, ve que nada de particular le ocurre, sino que por el contrario compite con el viento sin necesitar para nada de Donbon ante el vehemente deseo de esponderse nuevamente y nuevamente se acerca al despacho de billetes para despenharse por segunda vez. Y ahora que de los billetes nos hemos acordado, bueno será manifestar que nos parecen bastante caros, y que, aparte de los cuantiosos gastos hechos por la empresa, y de los que como es natural debe reembolsarse, estarian bien en un real y no real y medio por persona como hasta aquí. En el centro del gran círculo formado por la suave espiral de la montaña, se construye á la sazón una plaza de toros, que ofrecerá agradable solaz á los amantes del *Tato* y el *Gordito*.

El *Teatro Rossini* está elegantemente deco-

rado en su interior por el escenógrafo don Francisco Plá y algunos artistas de París, siendo en su exterior de figura bastante estraña, puesto que forma un estenso cuadrilátero. Hemos dicho que este coliseo lleva el nombre de *Rossini*, y en verdad no comprendemos, por mas que el genio no tenga patria, ese prurito que en España hay de confirmar con nombres extranjeros todo lo que engrandece, como si en España no hubiese genios que mereciesen este honor. *Rossini* es el talento músico por excelencia, pero tambien en nuestra patria han nacido otros que á no haber visto sofocada por el clero su inspiracion, hubieran rivalizado con aquel. Pero no siendo esta cuestion del momento ni siquiera cuestion, porque cada cual es dueño de poner á sus obras el nombre que mas le cuadre, diremos únicamente que los rivales de Terpsicore, señoritas Bosse y Bonfanti, y los señores Moragas y Dervine, conquistarán nuevos laureles en este coliseo tras de los muchos que tienen alcanzados en los principales teatros de Barcelona, Lóndres y París. El salon destinado para el baile, la *casa de baños* y el *tiro de pistola* están perfectamente acondicionados, siendo todo bastante notable y digno de ser visitado. Aconsejamos sin embargo, al lector, que lleve bien preparados los bolsillos, porque si ha de disfrutar de cuantas diversiones se le ofrezcan, muchos desembolsos habrá de hacer.

ROBERTO.

EPÍGFOMA.

Dijo Sarmiento á Fontana
—¡ Si supieras que aventura
Me ha pasado esta mañana
Con una chica; oh ventura!
Que se llama Mariana!
Y Fontana dijo:—A ver;
Cuéntame, amigo Sarmiento.
¿Será su apellido Esper?
—Cabal.—¡ Pues es mi mujer!
—Entonces nada te cuento.

JOAQUIN VALVERDE Y DURÁN.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero, y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.